

Tranquilo, pues, porque tenia ya una habitacion donde guarecerme de la intemperie, salí del hotel muy á poco, para vagar por la ciudad sin rumbo fijo, con el objeto de mirarlo todo en globo, antes de observarlo por partes. La síntesis antes del análisis.

Crucé en aquel día el Cairo del uno al otro extremo, perdiéndome á las veces en el dédalo de sus callejones estrechos. Muchas veces me sucedió tener que volver sobre mis pasos, despues de haber andado buen trecho, por encontrarme al final de mi marcha en una estrechura sin salida.

Desde luego la arquitectura de las casas me sorprendió mucho. Las habitaciones de la ciudad antigua están de tal modo fabricadas, que cada piso avanza sobre la calle mas que el anterior, de manera que no es raro ver los pisos terceros de dos casas que se hacen frente, tocarse, y ocultar completamente el cielo. De la misma manera hay otras calles como el Múski, que tienen techo de madera, con ventanillas practicadas de trecho en trecho, para dejar penetrar el aire. Todo esto se hace con el objeto de no dejar pasar en el estío los rayos de sol que son abrasadores.

Miré la fachada de inmensidad de mezquitas (mas de cuatrocientas hay en el Cairo) de todas dimensiones, de todos los gustos y de distintos colores. Muchas de ellas están decoradas con exquisitos arabescos, que me recordaron la edad de oro del Islamismo. Fuentes monumentales hay pegadas á varias mezquitas, y allí llegan los pobres á saciar su sed, porque la ley de Mahoma prescribe como un deber á sus sectarios el dar pan y agua á los menesterosos.

De repente me encontré en medio de un bazar. Allí estaban los comerciantes de sedas, linos y tapices, extendiendo ante la multitud sus diferentes objetos, y gritando y gesticulando con gran fuego. Habia tambien algunos sastres que, á la vista de todos, cortaban los géneros en pequeñas mesas y cosian sobre sus rodillas con prontitud y tino sorprendentes. Mas adelante el bazar creció ante mis ojos. En aquel laberinto de callejas, todas consagradas al comercio, se encuen-

tran confundidos los productos de Egipto, del Sudan, del Yémen, de la Arabia, de la Siria, de la Turquía, de las Indias y de Europa.

Seguí avanzando, y me encontré en el bazar llamado Khan-Khalil, perteneciente, segun supe despues, al cuartel Gammalieh. Este bazar ha recibido el nombre dicho, porque á él vienen los camellos á descargar las mercancías que traen de todas partes. Allí se vende cuanto existe, amalgamado, revuelto, desde los ricos bordados de oro hasta la tortilla de maíz frita en manteca que comen los mendigos. Los artesanos trabajan en sus talleres, y son tales la gritería y el ruido de los martillos y de mil pequeños telares, que no se percibe mas que confuso estruendo. Debo advertir que esas calles tienen un mal olor punzante, resultado de los charcos de agua fétida que se encuentran multiplicados en su pavimento barroso, de los animales muertos que son tirados en mitad de la vía sin que nadie los recoja, y del olor de la grasa con que en pleno aire se hacen diferentes guisos y confecciones.

Uno de los rasgos característicos del Cairo oriental es la confusion que en él reina entre hombres, animales y coches ó carretas. Como en sus calles no hay empedrado, no se oye el ruido de los animales ni de los vehículos; de suerte que todo el mundo anda allí gritando á voz en cuello: «inminac!» «shimélac!» segun se quiere que la gente tome á la derecha ó á la izquierda. Y estas son las exclamaciones que se oyen por todas partes: «ho! ho! homar!» (oh! oh! el asno!); ó bien: «inminac! inminac!» «shimélac! shimélac!» (la derecha! la derecha! la izquierda! la izquierda!). Y á no ser por esta atencion, no habria en el Cairo quien tuviese los huesos sanos.

El comerciante y el obrero egipcios tienen su tienda ó su taller, no en vastos locales con puertas, como es el uso entre nosotros, sino en pequeños nichos practicados en la pared y elevados como un metro del suelo. Allí el comerciante ó el obrero está sentado con las piernas cruzadas, abandonadas las chinelas, y fumando su indispensable pipa. Jamás se encuentra en pié uno de ellos. Si es comer-

ciente, todos sus objetos los tiene de tal modo dispuestos, que sin darse la menor pena levanta la mano y los toma, y los exhibe, sin moverse del sitio que ocupa, y así también los pesa ó mide y vende. El obrero hace lo mismo por su parte: está siempre sentado, y no hace más que mover los brazos para trabajar, pero jamás las piernas. Así es que el sastre, para cortar, tiene delante de sí una mesa de media vara de altura; el herrero, para forjar, un yunque apenas elevado del suelo; y el tintorero, las ollas de los colores metidas á su derredor en el suelo.

Estas calles estrechas y oscuras, y sobre todo, estos pequeños nichos donde había almacenes, talleres, fondas y cafés á la vista pública, me daban una idea de lo que sería Pompeya, donde se miran aún palpables los rastros de pequeños lugares de comercio de esta especie. Tal vez estas construcciones mezquinas sean todavía una remembranza del imperio romano.

A propósito de remembranzas, es de saberse que en Egipto jamás se mata animal alguno mientras no hace daño. Por lo mismo bandadas de perros se agitan por las calles; ejércitos de lagartijas trepan por las paredes, y culebras y escorpiones se albergan entre las ruinas. Este respeto al animal, aun al más inmundo, ¿no es acaso un rastro de la idolatría del antiguo Egipto? No se cree ya que los animales sean dioses; pero la costumbre de respetarlos como algo de religión, ha atravesado los siglos, y alienta aún después de miles de años.

Dejé por fin aquellos callejones, ruidosos y sucios, es cierto, pero más que todo curiosos, y volví á pasar por el bazar. Eché una última ojeada á aquel mundo de sedas, de tapices, de bordados, de ámbares y de pantuflas de marroquí. Pensé bastante en las «Mil y una noches,» y apreté el paso volviendo á tomar el Múski, calle un tanto más ancha que data del tiempo de Mohamed-Alí.

Me encontré en una plaza. Enfrente de mí hay palacios magníficos y jardines. A mi izquierda, obras de demolición se ejecutan; á

mi derecha hay almacenes y cafés, y multitud innumerable de transeúntes, todo de Europa.

En el centro de la plaza, sobre un pedestal provisional de madera, se eleva una estatua ecuestre hecha en bronce. La reconozco: es la estatua de Ibrahim-Paschá, hijo de Mohammed-Ali, comandante de las tropas en tiempo de la guerra, y que murió antes que su padre; estatua que he visto en París en los Campos Eliseos, frente al palacio de la industria, en Mayo de 1872. Es de una sola pieza, y la fama la ha pregonado como una obra maestra del arte.

Adelante. Estoy en el Cairo, y me parece que sueño. La parte de la ciudad que recorro es enteramente europea. «Es la ciudad de Ismail con sus jardines fantásticos, sus teatros, sus anchas calles rectas decoradas por magníficas construcciones; es la fusión de la Europa y el África; es la unificación del Oriente y el Occidente; es el pacto de la libertad del comercio y de la unión de los pueblos. En esta hermosa ciudad, que apenas nace, se encuentran viviendo en armonía perfecta, desde el escandinavo de cabellera blanca, hasta el negro de melena crespa de Darfur; desde el fanático mograbin de las costas del grande Océano Atlántico, hasta el indo color de aceituna ó el árabe del Sur, de color de café; desde el osmanlí á mitad europeo, con sus subdivisiones, tártaros, persas, turcomanes, hasta la faz estereotípica del chino; desde el beduino errante de estepa en estepa, de oasis en oasis, viviendo sin leyes ni costumbres, hasta el hecho cumplido de la civilización, que se asienta á las orillas del Sena ó á los bordes del Támesis.» Estas palabras de Lavernay traducen bien mi pensamiento.

De pronto me encuentro en un jardín: el-Ezbekieh, criado por el virey actual. Es grande y muy hermoso. París y Lóndres no los tienen muy superiores. Tres músicas tocan en tres ángulos del vasto recinto. Hay una orquesta, una música europea y una árabe. Multitud inmensa se agita por todas partes. Hay grutas artificiales, lagos, canales, fuentes, cafés, restaurants, tiro, etc., etc. Bien se conoce

que ha puesto allí la mano Combaz, el autor de las grutas y cascadas del Bosque de Boulogne y del Parque de las Buttes-de-Chaumont de Paris.

Aquí teneis cómo ha cambiado de fisonomía la ciudad africana. Si de sus tumbas se elevaran los antiguos egipcios ó los musulmanes conquistadores, encontrarían acaso rastro alguno, los primeros de su «Babilonia» y los segundos de su «Fostat» (tienda de piel de cabra), en los cuarteles viejos de calles estrechas, tortuosas y llenas de lodo, de la ciudad árabe; pero no podrían menos de quedar atónitos delante de estos cuarteles nuevos del Ezbekieh y de Ismaelieh.

En el jardín ví algunas mujeres con la faz descubierta. Las hay blancas y bellas. Otras son muy feas, y lo parecen mas porque tienen la barba y el derredor de los ojos pintados de negro, lo cual les da la apariencia de tener los ojos sumidos en cuévanos, y la barba cubierta de bello. Las uñas, es costumbre general en las mujeres llevarlas teñidas de colorado, así como la parte interior de los dedos y la palma de las manos. Observé una cosa singular, y es que las monjas visten exactamente como las egipcias, pues éstas llevan toca blanca, túnica, y manto echado sobre la cabeza. Esto es debido, en mi entender, á que las instituciones monásticas tuvieron su origen en Oriente.

Por la noche pasé por un café, escuché música, y entré. Era música egipcia. Sentados sobre una plataforma en el fondo de la sala, habia hasta catorce individuos que hacian sonar sus instrumentos musicales, al mismo tiempo que cantaban. Habia allí guitarras de diferentes formas y tamaños; dos ó tres violines; una especie de arpas que, en vez de reposar sobre el suelo, reposaban horizontalmente sobre las piernas; pitos, tambores, panderos con cascabeles, y castañuelas. El aire era singular, mejor dicho, ininteligible; la música sorda, no habia compás alguno, y de toda aquella reunion de sonidos discordantes resultaba una jerigonza altamente desagradable. Los egipcios, sin embargo, así los músicos como los oyentes, parecían to-

mar gran gusto á aquel ruido. Los cantores, al arrojar de su pecho las notas nasales y temblorosas, meneaban la cabeza de un lado para otro con gran deleite, en tanto que sus ojos se alzaban al techo de la sala y andaban como vagos en su mirada, perdida la fuerza óptica en virtud del deliquio interno del alma. A ratos sonaba un instrumento solo, y luego se elevaba una voz monótona que era contestada por todos los oyentes, con un prolongado ¡¡aaaaah!! y algunas palmadas.

Frente á la mesa que yo ocupaba estaban sentados dos que parecían altos personajes. Vestidos con ricas túnicas, ceñidos con preciosas bandas, coronados con blancos turbantes bordados de oro, prestaban una atención asidua á la música, y hacian con la cabeza señales de aprobacion siempre que cantaba un músico gordo y color de cobre, que para mí era el cantor mas desagradable de todos. Estos individuos morenos, con grandes ojos negros, con barba recortada color de azabache, fumaban sin descanso sus dos pipas, aplicando el grueso piton de metal á sus bocas, como si tocaran en el clarinete. Las pipas que fumaban eran desconocidas para mí; consistian en dos frascos de vidrio con agua en el interior. El tabaco encendido está en una especie de embudo, en la parte superior del frasco; el caño del embudo se prolonga hasta el fondo del vaso, mientras que el de la pipa parte mas arriba del nivel del agua. Así que el fumador, al extraer el aire, lo hace entrar unido al humo dentro del agua fria; de esta manera, al subir el humo por el caño de la pipa, está espeso y condensado por el enfriamiento, y produce cierto efecto particular en el sistema nervioso. Hé aquí uno de tantos modos de eludir el precepto del Coran, de no embriagarse. Sin embargo, los musulmanes creen cumplir con él en tanto que no beben vino, pues con buena ó mala fé toman el precepto á la letra. El «hatshish,» pues, y otra infinidad de pastas ó pastillas que hacen al hombre «alegre,» como dicen los árabes, vienen á suplir la falta de las bebidas espirituosas, así como el tabaco. Por esto los mahometanos aman tanto los aromas que desvanecen, y son tan grandes fumadores.

Sin ir mas lejos, hablando de la pipa con agua que acabo de describir, el mozo del hotel me dijo que no haria bien en fumarla (pues yo queria hacerlo para conocer lo que era), porque producía desvanecimientos y males terribles de cabeza á todos aquellos que la fumaban sin ir acostumbrándose poco á poco por medio de un grande aprendizaje. Me disuadió sobre todo de mi empeño, saber que aquellos aparatos eran comunes para los parroquianos, y que por lo mismo esos gruesos pitones metálicos habian entrado en una generacion de bocas.

Concretéme, pues, buenamente á admirar á aquellos dos personajes de que arriba he hablado, los cuales no cesaban de extraer el humo sino instantes muy breves. Y me divertía en mirar las burbujas que formaba el agua en el interior del vaso, cada vez que el fumador, extrayendo el humo, hacia entrar el aire por el embudo que contenía el tabaco encendido.

A todo esto, me olvidaba de decir que esos terribles fumadores que me hacían frente eran dos persas. Imposible me sería pintar la gravedad de sus semblantes; su mirada era reposada y profunda, habia en todo su tipo una severidad que sería en vano buscar entre los europeos de Europa ó América. Estas razas del Oriente tienen no sé qué de majestuoso, cual si su espíritu reposara en una iniciación misteriosa; sublimidad singular que parece derivar directamente de la de los hombres primitivos con quienes Dios hacia alianzas; es la raza madre del mundo que conserva aún al través de los siglos trazas visibles de su dignidad genésica.

CAPITULO V

EL CAIRO VIEJO

Enero 18 de 1873.

BESPUES de dos dias de ocio pasados en el Cairo, corriendo por la ciudad, entrando por todas partes, mezclándome con la población oriental siempre que ocasion se me presentaba, resolví conocer los lugares célebres de la ciudad y de las cercanías. Como me era imposible orientarme por mí mismo, me decidí á tomar un «dragoman.» El hostelero, Mr. Béraud, se encargó de proporcionármelo.

El «dragoman» que tomé era un jóven de treinta y cinco años, llamado Fortunato Amé. Nacido en Beyrouth, de padres italianos, hablaba á la perfección la lengua de sus padres, el árabe, el griego y el frances. Excusado es decir que en este último idioma él y yo nos entendiamos.

Lo primero que visité fué el Viejo Cairo, el antiguo Fostat, cuna de la ciudad actual, que se encuentra distante del Cairo moderno como una media legua. Los carruajes estaban muy caros en aquellos dias de Dios, y de mas á mas era bien raro encontrar alguno que estuviese libre. Por tanto, nos resolvimos á montar en borrico,